



Lectura del santo Evangelio según san Lucas (24,13-35):

Aquel mismo día (el primero de la semana), dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Ellos se detuvieron con aire entristecido, Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos

han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista.

Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.



La RESURRECCIÓN de Cristo, verdad fundamental de la fe

«**La fe de los cristianos es la resurrección de Cristo**» (San Agustín). ... La muerte del Señor demuestra el inmenso amor con el que nos ha amado hasta sacrificarse por nosotros; pero sólo su resurrección es «prueba segura», es certeza de que lo que afirma es verdad, que vale también para nosotros, para todos los tiempos. Al resucitarlo, el Padre lo glorificó. San Pablo escribe en la carta a los Romanos: «*Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo*» (Rm 10, 9).

Es importante reafirmar esta verdad fundamental de nuestra fe, cuya verdad histórica está ampliamente documentada. El **debilitamiento de la fe en la resurrección de Jesús debilita, como consecuencia, el testimonio de los creyentes**. En efecto, si falla en la Iglesia la fe en la Resurrección, todo se paraliza, todo se derrumba. Por el contrario, la adhesión de corazón y de mente a Cristo muerto y resucitado cambia la vida e ilumina la existencia de las personas y de los pueblos.

¿No es la certeza de que Cristo resucitó la que ha infundido valentía, audacia profética y perseverancia a los mártires de todas las épocas? ¿No es el encuentro con Jesús vivo el que ha convertido y fascinado a tantos hombres y mujeres, que desde los inicios del cristianismo siguen dejándolo todo para seguirlo

y poniendo su vida al servicio del Evangelio? «*Si Cristo no resucitó, —decía el apóstol san Pablo— es vana nuestra predicación y es vana también nuestra fe*» (1Co 15, 14). Pero ¡resucitó!

El anuncio que en estos días volvemos a escuchar sin cesar es precisamente este: ¡Jesús ha resucitado! Es «**el que vive**» (Ap 1, 18), y nosotros podemos encontrarnos con él, como se encontraron con él las mujeres que, al alba del tercer día, el día siguiente al sábado, se habían dirigido al sepulcro; como se encontraron con él los discípulos, sorprendidos y desconcertados por lo que les habían referido las mujeres; y como se encontraron con él muchos otros testigos en los días que siguieron a su resurrección.

Incluso después de su Ascensión, Jesús siguió estando presente entre sus amigos, como por lo demás había prometido: «*He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*» (Mt 28, 20).

El Señor está con nosotros, con su Iglesia, hasta el fin de los tiempos. Los miembros de la Iglesia primitiva, iluminados por el Espíritu Santo, comenzaron a proclamar el anuncio pascual abiertamente y sin miedo. Y este anuncio, transmitiéndose de generación en generación, ha llegado hasta nosotros y resuena cada año en Pascua con una fuerza siempre nueva.

La "historia" de este evangelio (Benedicto XVI)

“En este relato se cuenta de dos seguidores de Cristo quienes, el día después del sábado, esto es, el tercero después de su muerte, tristes y abatidos dejaron Jerusalén en dirección a una aldea a poca distancia, llamada precisamente Emaús. En el camino se les acercó Jesús Resucitado, pero no le reconocieron. Viéndolos desalentados, les explicó, según las Escrituras, que el Mesías debía padecer y morir para alcanzar su gloria. Después entró con ellos en casa, se sentó a la mesa, bendijo el pan y lo partió, y en ese momento le reconocieron, pero Él desapareció de su vista, dejándoles maravillados ante ese pan partido, nuevo signo de su presencia. E inmediatamente los dos regresaron a Jerusalén y contaron lo sucedido a los otros discípulos.

La localidad de Emaús no ha sido identificada con certeza. Hay varias hipótesis, cosa no exenta de una sugerencia, porque nos permite pensar que Emaús representa en realidad todo lugar: el camino que conduce allí es el camino de todo cristiano; es más, el camino de cada hombre. En nuestros caminos Jesús Resucitado se hace compañero de viaje para encender en nuestros corazones el calor de la fe y de la esperanza y partir el pan de la vida eterna. En la conversación de los discípulos con el desconocido viajero impacta la expresión que el evangelista Lucas pone en boca de uno de ellos: «Nosotros esperábamos...» (24,21). Este verbo en pasado lo dice todo: hemos creído, hemos seguido, hemos esperado..., pero ya todo ha terminado. También Jesús de Nazaret, que se había demostrado profeta poderoso en obras y en palabras, ha fracasado, y nos hemos quedado desilusionados. **Este drama de los discípulos de Emaús aparece como un reflejo de la situación de muchos cristianos de nuestro tiempo.** Parece que la esperanza de la fe ha fracasado. La propia fe entra en crisis, a causa de experiencias negativas que nos hacen sentir abandonados por el Señor. Pero este camino de Emaús en el que estamos puede convertirse entonces en camino de purificación y maduración de nuestra fe en Dios; también hoy podemos entrar en diálogo con Jesús, escuchando su Palabra; también hoy parte el pan para nosotros y se nos da a Sí mismo como nuestro pan. Y así el encuentro con Cristo Resucitado, que es posible también hoy, nos da una fe más profunda y auténtica, templada, por así decirlo, a través del fuego del acontecimiento pascual; una fe robusta porque se nutre no de ideas humanas, sino de la Palabra de Dios y de su presencia real en la Eucaristía”.

MEDITACIÓN DEL P. TOMÁS MORALES

Las apariciones no cesarán en los cincuenta días que dura la Pascua cristiana, símbolo en el tiempo de la eternidad del cielo.

Jesús se aparece a sus apóstoles entonces, a todos los cristianos, para consolarlos en el destierro. **Quiere animar nuestra fe vacilante, fortalecer nuestra esperanza, dilatar la caridad** en nuestros

corazones; la alegría que le inunda se comunica a cuantos le contemplan cerquita de la Virgen. Ella, con gozo inefable, se llena de júbilo, de anhelos de cielo. Por y con María se nos comunicará cumplida la alegría radiante de la Pascua. Conseguiremos también el gozo de la vida perdurable, como canta la liturgia: «¡Oh Dios, que por la resurrección de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, inundas el mundo de alegría!, concédenos por la intercesión de su Madre, la Virgen María, alcanzar los gozos de la vida eterna» Con María, dentro de su Corazón saturado del júbilo de la Pascua, meditemos este delicioso evangelio.

- **Dos de los discípulos iban de camino.** Desengañados de Jesús, desilusionados, marchan tristes, desolados. Abandonan el cenáculo, se separan de los demás, dejan a la Virgen. Así comienzan siempre las deserciones. Los consejos y el ejemplo de María, **manteniéndose firme en la esperanza**, anhelando la aurora del domingo, no les han impresionado. Perdida la fe en Jesús, sólo conservaban el amor. **Conversaban y discutían entre sí:** aunque dudaban, el amor les quemaba todavía el corazón. Y **el amor aviva el diálogo.** No se limitan a conversar. «*Discuten*», dice el evangelio. La amargura interior aflora en gestos y palabras. Jesús les pregunta, con inefable dulzura, por qué están tristes.

- **El mismo Jesús se les acercó.** Cercanía de Jesús en mi vida. En los momentos en que más sufro, cuando el resplandor de la fe se entenebrece, cuando la esperanza se amortigua, cuando el amor no se siente. **Su mirada me envuelve siempre en los momentos de oscuridad. Y sale a mi encuentro.** Su cariño hacia mí le empuja a aparecerse. Si Jesús se hubiese sentado al borde del camino, los de Emaús pasarían de largo. Les sale al encuentro, los acosa. Como ha hecho conmigo tantas veces, siempre que abandoné el cenáculo, a la Virgen. No invitado, Cristo se invita a sí mismo. Se hace presente. Tiene ánimo para ir a donde no era llamado ni deseado. Así, Jesús buscándome, apareciéndose, acosándome tantas veces en el camino de mi vida.

- **Y caminaba con ellos.** Él, Cristo resucitado, el mismo cuya muerte lamentaban, cuyo fracaso les abatía. Pero no le reconocieron, pues **sus ojos estaban deslumbrados**, como inhibidos. «*El desaliento velaba los ojos de sus corazones*», apunta Santo Tomás. ¡Tan cerca de Cristo, y sin conocerle! Lo mismo a nosotros. **Va a nuestro lado. Toma parte en los acontecimientos de nuestra vida. Y no le reconocemos.** Más, camina dentro de nosotros por la gracia santificante, y nos dejamos sumir en la aflicción.

Nos inquietamos por las insignificancias de la vida. No creemos en las palabras divinas: «*Estaré contigo en la tribulación*» (Sal 90,15). «*Resucité y estoy contigo*» (138,18). En el momento de ser martirizados, nuestros hermanos, los primeros cristianos, sentían que «el Señor estaba a su lado hablando familiarmente con ellos» (*Actas mart. San Policarpo*). En la persecución de 177, en Lyon, Blandina, a sus dieciséis años, en medio de atroces torturas, «**apenas se daba cuenta de sus dolores, por la esperanza del cielo y por su conversación con Cristo**». Años después, en Cartago, al alborar el siglo III, los carceleros se burlan de Santa Felicitas cuando oyen sus gritos de dolor al dar a luz. Pero ella les anuncia que Cristo sufrirá por ella en el momento del martirio. Todos sentían la cercanía divina de Jesús en sus vidas. «Y caminaba con ellos»...

- **¿Qué conversaciones son estas que tenéis entre vosotros mientras vais caminando?** Es la deliciosa e íntima pregunta que les hace. Con inefable dulzura, nos acosa Jesús también a nosotros cuando nos distancia el dolor, la desilusión, el fracaso, la amargura... Y nosotros, como los de Emaús, contestamos con una grosería: **¿Eres tú el único forastero que no te has enterado de lo que estos días ha pasado en la ciudad?** Malhumorados, respondemos a la delicadeza de Cristo, que quiere devolvernos la fe, alegría.

Él, acostumbrado a las indelicadezas de aquellos a quienes colma de beneficios, dice con suave finura: **¿Qué?** Se resigna a representar el papel de interrogador. Quien lo sabía todo, víctima y héroe al mismo tiempo, no necesita saber nada; pero, para ganar el corazón de aquellos incrédulos, invita a que desembuchen echando fuera todo lo que les amargaba. «¿Qué?», monosílabo lleno de enseñanza.

Jesús nos enseña a provocar confesiones espontáneas, expansiones íntimas. Algunas confidencias sólo se hacen en el curso de una conversación desordenada, sin prisas. Como flor delicada, el corazón humano se abre muy poco a poco y se cierra de repente. Santa Juana Fremiot de Chantal advertía que

«las superiores hacen una gran obra de caridad en dar tiempo para decir a las hermanas todo, sin meter prisa ni mostrar ningún disgusto cuando se alargan, aunque a veces traten de verdaderas naderías». Jesús escuchaba pacientemente los despropósitos de aquellos dos discípulos en desolación. ¡Qué disparates dirían! Y acabarían desengañados: «Tontos de nosotros, que nos creíamos que era el liberador de Israel, que lo dejamos todo por seguirle»... Perdida la ilusión del primer momento, se revolían en la tristeza.

- Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas. ¿Por ventura no fue necesario que el Mesías padeciese estas cosas, y así entrase en su gloria? Aquellos discípulos, como la mayoría de sus correligionarios, daban sólo credulidad a las profecías que cantan las glorias del Mesías. Desatendían las que predicen sus humillaciones y sufrimientos. Como nosotros. Seguimos a Jesús hasta el partir del pan, como dice Kempis, y le abandonamos al empezar la pasión. Fue necesario que Cristo padeciese. En el plan salvífico de Dios entraban estos sufrimientos redentores. Ley para Cristo, ley para nosotros que le continuamos. «*Sin efusión de sangre —dirá Pablo— no hay redención*». ¡Fuera el desaliento y el simple asombro cuando viene la tribulación! Es prenda de recompensa futura de fecundidad apostólica. Que «*si el grano de trigo no cae en la tierra y se pudre, no produce fruto*» ...

- Y, llegados cerca de la aldea, Él hizo además de seguir adelante. Delicioso gesto, finura exquisita. Cuando ya les había dicho todo, después de interpretarles las Sagradas Escrituras, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, finge querer dejarlos. Ellos serán, entonces, convertidos de nuevo a la fe, con ilusión renacida después de la negra tormenta, quienes le detengan. *Ellos le hicieron fuerza, diciéndole: «Quédate con nosotros, pues atardece y el día ha declinado».*

¡Pobres discípulos si no le detienen! No le habrían reconocido. No le habrían recibido. «Quédate con nosotros.» Todo lo demás fuera de ti, nada. La falsa policromía de la tierra, «crudas espinas bajo blandas flores, placeres con raíces de dolores, dolores con semblante de placeres» Quédate con nosotros, que el día ha declinado. Tú eres el camino, la verdad, la vida. Un anciano obispo cargado de años, al oír al sacerdote que le administra el cuerpo de Cristo: «Este es el Cordero de Dios», exclama: «Jesucristo, la única verdad»... Atardece. El día va declinando. Comprendo que **esta vida no es la vida.**

- Y, puesto a la mesa con ellos, tomó el pan y lo bendijo, y, después de partirlo, se lo daba. Madre: que le mire, que le conozca, que le ame, que le viva. Que le contemple en medio de sus discípulos. Ante ellos, mañana tomará también el pan, lo bendecirá y, partiéndolo, se lo dará.

- Abriéronse entonces sus ojos y le reconocieron. Por fin, al partir el pan, le descubren, pero *Jesús desapareció de su vista*. La consolación es breve. Cristo no permanece mucho tiempo visible, pero **se queda siempre, aunque aparentemente duerma**. Allí está en la navecilla del alma. Espera nuevo despertar para dormirse de nuevo. Así, nos arrastra con Él a las playas de la eternidad. Así, vamos alcanzando esa perfecta libertad de espíritu que nos lleva a la vida sin fin, que pide la liturgia como gracia peculiar de esta Pascua.

Dijéronse el uno al otro: *¿Por ventura no estaba que ardía nuestro corazón, dentro de nosotros, mientras Él nos hablaba en el camino y nos abría el sentido de las Escrituras?* **Madre querida: consérvame este fuego. Quiero incendiar a muchos.** También yo he venido a traer fuego a la tierra; y pregunto: ¿qué quiero sino que arda?

- Y mientras ellos referían estas cosas a los Once, aquel mismo día presentóse Jesús en medio de ellos. ¡Dichosos discípulos de Emaús, que en el espacio de medio día vieron dos veces a Jesús resucitado! Nosotros no tenemos por qué envidiarles. Somos más elegidos que ellos. Jesús les recordó las profecías, nosotros las vemos ya cumplidas. Ellos tuvieron a Cristo como profesor e intérprete de la Sagrada Escritura. Nosotros también, a través de veinte siglos de magisterio de la Iglesia por sus santos y exegetas. Jesús, tal vez, les dio la eucaristía. **A nosotros nos la da ciertamente**, y todos los días. Cristo se les apareció dos veces. **A nosotros, cada día en la oración**, si la fe nos ilumina. A ellos sólo se les apareció. Con nosotros se queda. Somos más felices que los felices escogidos de Emaús. «**Permanece con nosotros, Señor, que atardece**»: *Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit.*